



PUERTAS Y VENTANAS.
EN LA IMAGEN,
INSTALACIÓN DE
JORGE DE LOS
SANTOS PARA LA
GALERÍA LLUÇIA
HOMS

EN ESTA OCASIÓN, DE LOS SANTOS DESARROLLA SUS MAQUETAS VERTICALMENTE, RECUPERANDO DEL ARTE AQUELLO QUE FORMA PARTE DE SU ESENCIA: EL ESPACIO

los ofreciera Daumier, el gran poeta de las formas humanas para las duras épocas del menosprecio, del desvalijamiento del alma. Porque esa es la impresión que saco ante las innumerables ventanas de los edificios de vecindad, auténticos ecos vocingleros y rumiantes cuya cosificación subhumana se halla transitando la calle, agrupándose o dispersándose. Diríase que las concentraciones habitacionales han sido elaborados para el cuchicheo y el remugamiento, para un decir lleno de contenido, pero vacío de afecto, porque el impulso que mueve siempre es egoísta.

LO QUE NO SERÍA SINO PANFLETO. Sin embargo, se puede decir: ¿a qué viene hablar de vientos y de esperpentos si sólo vamos de arte? Pues bien: una de las funciones del arte es convertir en algo concreto, en manifiesto, lo que sin el arte no sería otra cosa que panfleto, anhelo y necesidad. En esta ocasión, De los Santos, en lugar de desarrollar sus maquetas horizontalmente, ha decidido hacerlo verticalmente y recuperar del arte aquello que es su esencia, el espacio, que ahora va a ser el vacío de las calles y de las plazas y, machaconamente, el de las ventanas, que, abiertas o cerradas, siempre denotan que detrás de los postigos está la amplia vacuidad y, en ella, el cuerpo y la voz de quien la ocupa o que se ha visto forzado, contradictoriamente, a abandonarla; el espacio, que sin alguien, sólo es vacío, la nada.

Algo más hizo el artista: inventó una historia para que lo que sólo hubiera sido ejercicio artesano se convirtiera en arte, estructurando unos espacios que se anuncian mediante un luminoso que, con frase premonitrice, nos advierte de que nos hallamos ante un frenopático del alma. Conocido ya el argumento, sólo nos importa que esos espacios sean propicios para inducir a la reflexión plástica acerca de cómo funciona la representación en el arte; cuándo y en qué ocasión esos problemas merecen o exigen ser tomados como cuestión, que es lo que plantean al artista las urbanísticas saturadas de nuestros espacios habitados. Debo añadir, empero, que emplazado dentro de ese penetrable de De los Santos, me siento casi igual como ante el *Combate entre el Carnaval y la Cuarentena*, de Brueghel. La diferencia entre uno y otro espacio plástico es que en el primero todo está explicado y conventado al detalle, mientras que en el segundo sólo la vivencia lo significa. Lo característico del arte contemporáneo es que las evidencias icónicas han derivado hacia las vivencias plásticas. ■

LA IMAGEN DEL AULLIDO

JORGE DE LOS SANTOS
VALÉRIE O LA BALADA
DE LOS SERES ULLANTES
GALERÍA LLUÇIA-HOMS, BARCELONA
C/ CONSELL DE CENT, 305
HASTA EL 26 DE ENERO DE 2006

ARNAU PUIG

Me gustan los espacios contruidos de Jorge de los Santos (Sevilla, 1964) porque me permiten la interpretación. Son espacios, formas para sugerir; allí está plasmado lo que quien mira quiere pensar. No se trata de adivinar, sino de sentirse usuario de lo que uno mismo va a plantear; lo que uno disponga, aquello mismo es

la obra, no porque a la obra le falte definición, sino porque la acción, el sentido, lo va a decidir el intérprete al relacionarse con el laberinto formal que tiene delante.

¿QUÉ ES EL VIENTO? Esa característica, que es uno de los rasgos generales de su obra, en la que acaba de crear esa balada protagonizada por un viento -¿qué es un viento sino un empuje, un freno o un equilibrio, según se le ofrezca el cuerpo?- que el autor designa con una palabra entre femenina y vegetal, «Valérie», pero tremendamente evocadora de la poética de la quietud y de la acción imparabable (pensemos en el mar y en el cementerio de Paul Valéry, en los

versos que se llevaron, «para no retomar», a Antonio Machado), en esa obra actual de Jorge de los Santos nos encontramos ante los vientos sin norte cambiantes que son las voluntades humanas, concretadas, analogizadas por las estructuras inmuebles a que se nos ha reducido la existencia contemporánea, y que se expresan, hablan, a través de las ventanas múltiples y coloreadas.

Cada ventana es un aullo, pero por si dudáramos de ellos, abajo, en la calle, en el lugar del encuentro, allí están las amorfas formas de unos seres que no son otra cosa que pliegues retorcidos, guiñapos mal apañados de seres humanos, empujando o empujados por el viento, tal como nos